

CANTA LA MUERTE Y LA VIDA

MEDIA la noche. El suelo reluce y espejea como una gran joya de azabache. Las luces urbanas de la ciudad populosa parpadean entre cansadas y ateridas. Ni viento ni llovizna; una noche quieta, pero fría, intensamente fría. Un helor suave, caricioso, traicionero, se va infiltrando por todo, personas y objetos, como si ladinamente tuviese el empeño de suprimir la vida. A trechos, unos faroles de alumbrado urbano cuya luz de gas se encoge más y más hasta extinguirse dentro de su hornacina de cristal. En lo alto, unas estrellas muy brillantes, pero tan pequeñas, que son más bien polvo de luz; y entre ellas, pretenciosa, una luna blanca, como de esmalte, pero no entera, sino encogida también en la mitad de su disco.

Llevamos intenso frío en el cuerpo, pero al cruzar, se nos heló también el alma. Vimos resguardados en el quicio de un portal un grupo doloroso. Era un hombre enjuto, esquelético, vacilante, de pelambreira escasa, desflecada al viento. Sus ojos blancos, blancos como el esmalte de la luna, y dentro de sus cuencas aquellos ojos blancos se movían vertiginosamente como inquietados por un ansia de vida que les faltaba. Junto al viejo, fundidos a él, a uno y otro lado, dos niñas de larga cabellera negra, los ojos como el pelo, negros y brillantes que relucían como dos gemas en sus caritas pálidas. Cubrían apenas sus desnudeces unos harapos descoloridos. Y las tres figuras parecían una sola escultura policromada.

En la calle desierta se oyen unos pasos cada vez más precisos y sonoros. El hombre de la escultura se yergue en su agotamiento, apoya su barbilla sobre un violín ennegrecido por los años, las penas y las lágrimas que recibió en su vida, y suenan acompasadas unas notas débiles que se diluyen pronto en el frío siniestro de la noche helada. Los pasos se acercan y el violín pretende dar más fuerza y expresión sonora a la frialdad de su armonía, y al fin los pasos, pasan..... pasan como haciendo un acompañamiento grave a la música aguda, y una vocecita infantil garraspea dolorosamente una súplica, y desairándola, los pasos se alejan y se extinguen, en tanto el violín, en una debilidad de frío, deja resbalar sus notas lánguidamente hasta que, oyéndose, dejan de sonar. Fueron aquellos pasos una mujercita enojada, embutida en pieles pretenciosas y nimbada de perfumes mareantes, pero daba en su lujo pena, porque era—por paradoja—un pedazo de vida muerta.

Se estrecha más el grupo escultórico como si la materia de que está formado se aglutinase en un encogimiento de frío, y sigue brillando el pavimento como azabache, son más los faroles mortecinos en la calle desierta, y la luna, cada vez más encogida y como a punto de caer en el abismo sideral, ha reducido a menos su mitad

blanca de esmalte. A poco el silencio se quiebra de nuevo, se oyen unos pasos no rítmicos, sino confundidos, dijérase tartamudeantes, y la escultura de nuevo se anima; el violín vuelve a modular notas como quejas, y una mano se extiende y una voz suplica. Todo inútilmente. Ni la una ni la otra logran la tierna caricia de una caridad modesta. Pasan los pasos; los pasos nada más, porque lo que ellos llevan son dos hombres borrachos. Son una cosa muerta con apariencia engañosa de vida.

La escultura se repliega de nuevo en su encogimiento de frío, y ya apenas brilla el azabache del pavimento, y muy distanciadas parpadean algunas luces urbanas, y la luna ha puesto sobre su merchado disco unos tules de muselina. Son siniestras las sombras; parece que las calles se apretujan medrosas entre sí y hacen solo rincones. Y pasan unas parejas unidas por el amor o la triste mentira del amor, y hombres encopetados, grandiosos en su fastuosidad, ínfimos en su miseria, y pasan y repasan sin parar mientes en la escultura que a ratos se anima, y de la que salen las notas garrasposas de un violín agrietado y la demanda de una compasiva ternura humana. Mas todo en balde. De antaño algunas flores, por capricho milenario, hallamos hoy petrificadas en las rocas. El corazón, una flor también, se ha petrificado en esta hora nocherniega y no rinde aromas de humanidad. El grupo escultórico, aunque vencido en su afán se anima sin embargo, pero nada, en derredor frío; solo frío en las almas también. Vencidas se doblan las figuras para sentarse, aglutinarse y defenderse del ambiente, y en la quietud de la noche helada, en el grupo que suaviza los planos del rincón urbano, se oye este diálogo a modo de suspiros. ¡Qué dura es la noche! ¿Como es la noche, hijas mías?—pregunta el ciego—La noche—dice una de las figuras que completan el grupo, a la vez que la mano que antes se extendía suplicante acaricia el rostro del viejo músico con delicia de flor,—la noche es oscura y triste, amarga como aquella pena que sufrimos cuando murió nuestra madrecita buena. Y tres suspiros se esfuman en el aire como una oración, en tanto las tres figuras se aprietan más para hacer con aquella intimidad de una amargura un consuelo.

Tornan a pasar trasnochadores o muñecos de vicio animados por una vida engañosa, y la escultura ya no se estremece ni el violín modula notas, ni una mano se extiende suplicante, ni una voz implora atención caritativa. El grupo se ha petrificado totalmente, y duerme en un quicio la miseria para olvidarse que lo es; la vida ha muerto y es inútil tocar y llorar; los que pasan son cadáveres, aunque por designio macabro anden, lleven galanas vestiduras y perfumes, pero dentro de aquellos ropajes no hay almas, y la vida no es cuando el alma no está.

Y así mucho tiempo, mas al cabo se rasgan las neblinas crepusculares y se anuncia el día. Todavía no se advierte el sol, pero ya lo promete próximo y magnífico aquel varillaje de oro y púrpura que se dibuja en el cielo azul bronce. La escultura del quicio se estremece en un renuevo de vida a la ternura de los primeros rayos solares.

Y ya empiezan a pasar los primeros empleados, obreros, comerciantes, industriales, toda la fuerza dinámica de una gran ciudad; todos limpios y alegres caminos del afán, y torna el violín a sonar y los pajaritos madrugadores le hacen dúo, y una mano se extiende y una voz esperanzada implora una ternura, y los que pasan, detienen el andar unos segundos, se inclinan como en una reverencia, y van dejando, unos tras otros, una limosna como a modo de ofrenda a la escultura animada. Y es de ver como suena el violín y como tienen contento los pájaros, porque hay algo etéreo, sentimental, que les pone acicate y ordenación melodiosa a su cantar.

Cuando la ternura de los hombres se ha prodigado en modesta abundancia, y cuando el violín se ha cansado de sonar dulcificando cada vez sus notas, y la ciudad suena a trajín y quehacer, suspira y pregunta el viejo del grupo, ¡Qué alegre es el día! ¿Cómo es el día? Hay unos brazos que se entrecruzan en el cuello del viejo, y múltiples besos que en milagrosa rivalidad van fundiendo el rostro de la estatua en carne viviente, y dos vocecitas, interrumpiéndose, contestan:—El día es como la vida, alegre, lleno de luz y de esperanza. Es alegre porque la gente es buena, y hoy es, por todo, un día hermoso. Y la policromada escultura del quicio se anima de una extraña vitalidad, abandona su pedestal y se mueve como por milagro, y calle adelante va el grupo animado; camina la miseria satisfecha y olvidada por unos momentos que lo es, en tanto que la figura central mira a lo alto, abriendo mucho, ansiosamente, sus pupilas de esmalte, y el sol resbala por aquel rostro dorando la pelambreira cana. Murmura el viejo ¡Hijas mías! ¡Qué hermosa es la vida cuando la gente es buena!

Y es así, con la bondad y la fraternidad de los hombres como la vida ríe y canta. ¡Y qué fácil es que la vida cante y ríal!

EDMUNDO COSTILLO Y MARIN



Lea usted "ALCANTARA"

TRES SONETOS (1)

EL CABALLERO

El Caballero de la mano al pecho
aprendiera de vos cortesana;
de vos, Marqués, en quien el tiempo alía
la clara estirpe y la ilusión del hecho...

Negra la ropa, por sutil provecho
de muerte, que es lección; la fantasía
pálida de tejer melancolía
en el telar del existir estrecho.

La nieve del cabello, cual ceniza
en una cima de volcán señero
hondo de lumbres en su viva entraña...

¡Y eternamente un madrigal, que riza
vuestra sonrisa fiel de caballero
de los tiempos clarísimos de España!

EL AMIGO

Este alto Caballero, noble trigo
de una siembra de ayer, erguido y grave,
toda la ciencia de las ciencias sabe
por saber la mejor: el ser amigo...

(1) En honor de D. Vicente Sánchez-Arjona, Marqués de Paterna del Campo.